

**OSKAR ADLER**

**LA ASTROLOGIA COMO  
CIENCIA OCULTA.**



**CONFERENCIAS 1 a 7**

**Version Resumida por I. Milsztain**

## Primera Conferencia

*Si el ojo no fuese solar,  
El sol no lo contemplaría.*

Goethe – Plotino

**E**l objeto de esta ciencia abarca literalmente todo lo que existe como producto de una especie de revelación.

La astrología es el estudio de las relaciones cósmicas, universales e indestructibles, de todos los acontecimientos, especialmente de los acontecimientos humanos sobre la tierra – tomados estos acontecimientos humanos, esta existencia humana, juntamente con la historia de su evolución, no solo en sentido general, sino también en el sentido de la existencia particular del individuo y su historia – con los sucesos exteriores y los sucesos que confieren su contenido a la vida subjetiva, esto es, el dolor y el placer, el temor y la esperanza, el amor y el odio, el error y la verdad, el nacimiento, la enfermedad, y la muerte, o, para decirlo en una palabra, el “destino” del ser humano.

Las ciencias físicas se encuentran en nuestra época en una fase crítica de su desarrollo, que yo llamaría “crisis de la noción de causalidad”. David Hume hizo notar que la causalidad o la relación de causa y efecto no puede ser percibida por la observación objetiva, sino que solamente puede sospecharse su existencia. Solo percibimos series o consecuencias de fenómenos, jamás relaciones causales en si mismas.

Creo que este es el momento adecuado para dar una idea del camino que llevo hasta aquel punto crítico, basándome en la exposición de Augusto Comte.

La primera etapa de la humanidad, su infancia, es la teológica. El hombre sospecha que detrás de los fenómenos de la naturaleza obran espíritus o demonios invisibles. Esta etapa infantil desemboca en una segunda etapa, el estadio “metafísico”. Los demonios desaparecen de la mente humana, ya algo más madura, y en su lugar aparecen las fuerzas naturales. Pero ¿qué se gana con el cambio? Nada más que una sustitución de denominaciones, es decir, que las fuerzas naturales también están detrás de los procesos físicos que representan lo puramente real. Es de este modo que la humanidad llega a la tercera etapa, al estadio maduro de la ciencia positiva o exacta. Aquí el ideal de la objetividad completa se alcanzaría únicamente en el momento en que se pudiera eliminar al sujeto observador. De modo que todavía estamos en lo mismo. Las ciencias positivas llegan a constituirse en una estadística lo mas sumaria posible de los

procesos físicos. Lo que llamamos ley física no es mas que el compendio mnemoeconomico, por medio de formulas memorísticas, del mayor numero posible de series de fenómenos.

La verdadera astrología jamás fue una estadística. El único método que nos llevara a nuestra meta es le propio de las ciencias ocultas. Lo que determina que esta ciencia sea oculta es el hecho de que la fuente cognoscitiva de que proviene tal saber se encuentre en el misterio de la interioridad del propio ser humano; solo al descubrirse esta fuente, al encontrarse el acceso a ella, se comienza a revelar una esfera del saber que, en ultima instancia, se basa en la premisa del “ser uno con el todo existente”.

Es de este modo que, por su propia índole, este saber seguirá siendo oculto, incompartible, pues el sujeto cobra conciencia a partir de la propia fuente. El conocimiento científico oculto se distingue del conocimiento vulgar oculto por el hecho de constituir aquel un conocimiento sistemático.

Si pudiéramos penetrar en la naturaleza como en nuestro propio yo, entonces tendríamos también del mundo exterior un saber oculto, intimo, que respondería a la aspiración que desde tiempos inmemoriales fue propia de los seres que buscaban la luz, como, por ejemplo, el Fausto de Goethe.

¿No habrá, en verdad, ningún puente que una la interioridad con el mundo exterior? La verdad es que existe el tal puente. Hay “algo” que tiene la particularidad de sernos accesible, del mismo modo en que nos son accesibles las cosas exteriores y que a la vez se nos da del modo exclusivo en que se nos da nuestro propio yo. Y ese “algo” es nuestro cuerpo. Mi cuerpo unido a mi propio yo, y me entero de ello por una interioridad.

Si pudiese expandir mi cuerpo de modo tal que el mundo exterior entrase a formar parte integrante, por así decir, de mi vida corporal “endoempírica”, me enteraría de dicho mundo exterior de la misma manera en que se todo lo que se refiere a mi mismo y únicamente a mi mismo; es decir que tendría con respecto a lo exterior un saber científico de carácter oculto. La misma percepción común de los sentidos esta llena del secreto por el cual un objeto exterior pasa a convertirse en un elemento de interioridad, y, viceversa, una interioridad pasa a ser un elemento exterior. Tratemos pues, de llegar al fondo, al fin de esta posibilidad de existir que tiene el saber oculto del cosmos.

Para ello me referiré a una metáfora del maestro Ramakrishna. Este compara el ya mencionado proceso de conocimiento con lo que ocurre cuando arrojamos un grano de sal al agua, frente a lo que ocurre cuando arrojamos al agua una piedra. El agua baña la piedra pero no la penetra. Esta es la mejor forma de describir el

conocimiento físico científico. Con el grano de sal sucede algo distinto. La sal se disuelve en el agua, se funde con ella, la atraviesa inconmensurablemente; así se tratase de todo el océano, el grano de sal lo atravesaría, se haría uno con él. El yo se disuelve en el cosmos, se expande tanto que vive en el cosmos como en el propio cuerpo.

El pentagrama posee la curiosa propiedad de poder crecer según sus propias leyes, hacia afuera y hacia adentro hasta el infinito, esto es, que puede reproducir su crecimiento por su crecimiento hacia adentro. No tendríamos más necesidad que la de mirar dentro de nosotros mismos para reencontrar allí reproducida la imagen de lo exterior reducida hasta el infinito: el macrocosmos en el microcosmos. La entrada del templo de Apolo en Delfos decía: Conócete a ti mismo. Y en el interior del templo decía: Y conocerás a Dios.

Ninguna de las células podrá percibir con carácter claro e inmediato el contenido de vida de otra célula integrante de un mismo cuerpo humano; pero el hombre cuyo cuerpo sea producto de la integración de cada una de tales células con las demás, no aísla en sus percepciones la percepción de cada una de las células que integran su cuerpo, sino que reúne dichas percepciones celulares como suma que da por resultado su percepción total como ser humano, su reunión en una unidad superior es esto. La conciencia total de las células esta contenida en la conciencia del ser humano como unidad superior. Y viceversa, todo lo que la conciencia humana percibe en su plano de humanidad, hallara la forma de manifestar también "allá", en la conciencia celular, bajo la forma de alteración oscuramente percibida de la vitalidad de las células.

Imaginemos que una de tales células tuviera igual capacidad de discernimiento crítico que la que posee el hombre de cuyo organismo total aquella célula es parte mínima, la célula no tendría idea de la providencia de las alteraciones de su estado vital; lo único que podría creer es que tales alteraciones provienen de dentro de ella misma o resultan del contacto con las células inmediatamente próximas a ella. Aquello que dicha célula había considerado siempre como su propia vida individual, independiente, no es más que una partícula de vida que debe su existencia y su esencia al hecho de estar integrando aquel organismo superior. El hombre, a su vez, no es más que una especie de célula dentro de un organismo superior. Ese organismo gigantesco, que contiene a la totalidad de los seres humanos, y con ellos todas sus experiencias, es la TIERRA:

La tierra es un inmenso ser viviente, integrado no solo por el "órgano" de la humanidad, sino también por los órganos de la animalidad, de la vegetalidad, de la mineralidad, de las aguas y los aires, de los fuegos, en fin, de todo lo que vemos "allá afuera". De modo que todo arte y ciencia humanos no son más que una letra de una palabra superior, que solo puede pensar la tierra.

La tierra (Arcángel), no es, a su vez, más que una célula integrante de un organismo aun superior; juntamente con otras células semejantes a ella – los restantes planetas del sistema solar – del cual reciben ley y sentido de vida todos los planetas con sus satélites. Los millones de mundos solares “allá afuera” también son organismos, letras en la palabra universal, del verbo que fue “en el principio...” Dios, que esta dentro de nosotros en la misma medida que nosotros estamos dentro de el.

El cuerpo humano puede considerarse puente que une el acá con el allá, formando de este modo un importante punto de partida para la fundamentación de las ciencias ocultas en general y de la astrología en particular.

Pero este cuerpo humano no es el único puente. Hay otro que nos esta dado y es de naturaleza mental, bajo la forma de saber. Esta ciencia que, por así decir, tiene una doble faz, una faz oculta, vuelta hacia adentro, y una faz profana, vuelta hacia fuera, es la matemática. La matemática contiene todos los criterios de la ciencia oculta, pues sus objetos de conocimiento solo pueden extraerse de la interioridad. Los resultados de tal “imaginación” no solo pueden ser aplicados al mundo exterior, extraño a nosotros, sino que además nos revelan la regularidad de dicho acaecer exterior. Y es este hecho, solamente este hecho, el que confiere a la matemática este valor de puente entre lo interior y lo exterior. Pues si bien, por ejemplo, ciertas formas cristalizadas en cubos, octaedros, tetraedros, etc, se nos presentan allá afuera como plasmaciones naturales, originadas por fuerzas exteriores, las formas ideales geométricas en que se basan dichas plasmaciones se originan, por su parte, por vía netamente mental dentro de nosotros mismos, siendo productos de génesis mental que apuntan a una relación oculta entre lo exterior y la interioridad. Hablamos de un sistema natural de relación orgánica viviente entre el uno original y las partes de él provenientes. Un ejemplo de esta comunidad y armonía cósmica entre el yo y el universo es la música. La música es experiencia aritmética de carácter inmediato, interno.

También los planetas son enormes seres vivientes similares a la Tierra, y la Tierra se halla con respecto a ellos en una ininterrumpida relación de intercambio, como lo esta, por ejemplo, el ser humano con respecto a sus semejantes. De modo que cuando un ser humano nace en esta tierra en un determinado momento, cuando la Tierra le da a luz, es evidente que el hombre llevara dentro de si como temple fundamental una disposición que en ese momento dominaba planetariamente, llevara dentro de si, como la ley de su futura vida individual la idea que en aquel momento “pensara” la Tierra en dialogo con el cosmos. Tal idea será la tónica de su vida, la expresión de la ley por la que naciera.

Un escritor materialista expreso la frase siguiente: “Antes se creía que el sol era de naturaleza divina; ahora se sabe que es una bola de gas incandescente”. ¿No se

podría decir con el mismo derecho que antes se creía que las sinfonías de Beethoven eran excelsas obras de arte y que ahora se sabe que no son más que masas de aire en movimiento? Dice Goethe sobre tal ciencia. “tiene las partes en la mano pero no el lazo mental para unir las porque le falta el valor de buscarlo”.

La astronomía conoce al dedillo las medidas de todos los planetas y sus orbitas.

¿No es esta una ciencia maravillosa? Pero ¿jamás se sintió la necesidad de buscar el sentido? Para develar este sentido hemos de tener el valor de aprender a usar la clave cifrada, oculta, que nos permita leer ese libro gigantesco que llevamos imperdiblemente dentro de nosotros. Y ese libro se nos brinda bajo una forma doble: como el propio cuerpo humano y como número. Sobre la base de estos dos elementos fundamentales se edificara el viejo y sagrado patrimonio del conocimiento astrológico. Trataremos de penetrar, apoyados de aquellos dos elementos, en el interior de la Naturaleza.

## Segunda Conferencia

*Hermanos, sobre el mundo de los astros  
ha de vivir un padre bondadoso.*

Schiller

**L**a astrología proviene, en su calidad de fuente fidedigna, de aquel sentimiento cósmico que aun hoy día configura el contenido de vida de todos los pueblos, que, por esa misma razón, calificamos de pueblos primitivos o naturales, porque no viven en relación externa sino interna con la totalidad de la naturaleza, el presentimiento de constituir parte integrante de la vida universal. Quien, contemplando el cielo estrellado, haya sentido esto, quien se haya entregado aunque mas no fuese que en forma de presentimiento a tal sentimiento cósmico del Todo, ha infundido vida a una parte de aquello que otrora fuera la fuente de la sabiduría astral.

Recordemos lo de Augusto Comte. Seguiremos ahora mas adelante y estableceremos un cuarto estadio que reúna todo el saber estadístico en una imagen viva, orgánica, de carácter cósmico. Y llamares este saber “el saber oculto” o esotérico, en contraposición al saber físico, natural y exacto, que llamamos exotérico.

Estas dos expresiones que aplicaremos en lo sucesivo, provienen de Pitágoras, el cual separo a sus discípulos en dos grupos: los *exoteroi* y los *esoteroi*.

La vez pasada hicimos referencia especial a la separación entre aquellas dos cosmovisiones; hoy en cambio dirigiremos por de pronto nuestra atención a ciertos nexos existentes entre ambas cosmovisiones, a una noción que, a pesar de todas las inclinaciones anti-metafísicas de la ciencia moderna, ha ido aflorando con nitidez cada vez mayor. Se trata de la noción de evolución, o para decirlo sin rodeos, de la noción del ascenso desde lo imperfecto a lo perfecto.

Donde quiera que aparezca la idea de evolución en la ciencia física, dicha idea será pensada secretamente por analogía con el desarrollo orgánico, es decir, como despliegue o evolución de germenos o estados germinativos que ya llevan en si toda exigencia futura, así fuera aun en forma irreconocible, como por ejemplo la planta esta contenida en la semilla, o el animal aparece en el huevo como forma acabada, y, a la vez, aun no manifiesta. Pero en tanto esta forma parte de la célula germen y va creciendo por partición celular y ulterior diferenciación, hasta llegar al organismo acabado, ella (la forma) nos brinda, en total perceptibilidad de la realidad exterior, “algo” que se lleva a cabo de manera exactamente igual a aquello

que vez pasada describimos como origen mental de todos los números a partir de la unidad, esto es por diferenciación y partición.

La hipótesis cosmogónica de Kant y Laplace situaba el origen conjunto del mundo planetario en un cuerpo celeste único que en un principio abarcaba la totalidad de la sustancia cósmica, de este cuerpo se produjo todo. Ha sido proyectado hacia fuera pero en su interior los planetas, por ejemplo, llevan la dote de esta naturaleza primera. El reconocimiento de este hecho por la ciencia exotérica podría conciliarla con el pensamiento astrológico.

Pues en tanto los planetas nacieron según grandes y diversos intervalos de tiempo, llevan dentro de si la herencia de diversos estadios de evolución solar, cada uno de los cuales estadios, ya transmitido al respectivo planeta, pasa a ser la tónica, el tono fundamental que determina la vida futura, el provenir del planeta. La hipótesis de Kant y Laplace es que los planetas son desprendimientos del Sol.

En la medida, empero, en que tales planetas son hermanos, hijos de única madre, en todos ellos latirá la misma vida, solo que afinada en cada cual según tónicas diversas. Ahora bien, la Tierra situada entre los demás, como los humanos entre ellos, recibirá la influencia de la suma de sus hermanos. En esto existe una evolución y es transmitida a todo lo que signifique parte integrante de la Tierra, esto es, entre otras cosas, al ser humano. Y con esto hemos llegado a un segundo nexo de unión entre la ciencia actual y la astrología: la idea de constelación, esto es, de la posición reciproca de puntos de energía. Hay numerosas combinaciones químicas cuya composición, en lo referente a los elementos y sus relaciones cuantitativas dentro de la molécula, debe ser considerada idéntica, aun cuando química y físicamente sea totalmente distinta. Tales combinaciones se llaman Isómeros. Bien es cierto que las posiciones reciprocas posibles entre el sol y los planetas son de una multiplicidad inagotable y, aunque se repitan en periodos largos o cortos de tiempo entre grupos aislados de planetas, jamás se repiten en su totalidad. Cada horóscopo representa una especie de constelación isómera, cada horóscopo fija un momento fugaz del proceso evolutivo de la Tierra, mediante la individualidad del ser humano a quien la Tierra confirió existencia en dicho momento como testigo permanente de su vida interior. En cada fase de dicha evolución nace una nota, como cumplimiento de esperanzas pasadas, que va madurando al encuentro del futuro, del presentimiento del cual determina el destino de la existencia fugaz de la nota, al par que le asegura persistencia y existencia dentro del marco de la cohesión total.

-----

Hemos visto que hay dos puentes que nos señalan el camino del conocimiento cósmico que fundamenta a la astrología: el cuerpo humano como puente físico y la

matemática como puente mental. Hoy trataremos de mostrar como hemos de interpretar el cruce de dichos puentes.

La epidermis de nuestro cuerpo, la piel que guarda a nuestro pequeño yo, se convertirá a la vez en la superficie limítrofe común en que se tocan el cosmos y mi cuerpo. También el cosmos palpa su propio contorno "con respecto" al hombre que posee la epidermis. Es una superficie común. Es así que el hombre se convierte en poro de un cuerpo gigantesco, colmado de sustancia humana, a saber, el cosmos como arquetipo de la figura humana. El macrocosmos rodea punto por punto al microcosmos, unidos ambos por el ya común espejo de la piel humano-cósmica. Y lo que esta adentro de esta piel es como lo que esta fuera de ella. Postulado de la correspondencia universal, lo que esta arriba es como lo que esta arriba, lo que esta abajo es como lo que esta abajo, y lo que esta abajo es igual a lo que esta arriba. A toda parte del cuerpo humano le corresponde un arquetipo cósmico.

Hay sustancias del macrocosmos que penetran en el microcosmos llamado hombre y viceversa. Esta experiencia se vive de la manera mas inmediata en el hecho de la respiración, ya no estamos delimitados con respecto al cosmos por la piel, sino que estamos unidos a el por la misma función de la vida, función que no es, mas que una constante renovación del micro por las fuerzas del macro, y viceversa. Cuando inspiro el universo espira dentro de mí. El ritmo de mi función de vida es reflejo de la gran vida cósmica de "allá afuera". Aparición y desaparición de estrellas, cambio y retorno de las fases de la luna, equinoccios, solsticios, épocas planetarias, testimonian las pulsaciones rítmicas del cosmos, del cual es parte la Tierra con sus mareas, sus estaciones, sus días y sus noches, etc.

Y así como la primera forma de la experiencia esotérica del cuerpo humano conducía, a través de la percepción de la correspondencia entre los órganos, hacia la proyección inmensa de la figura humana circular en el cielo, esto es, el zodiaco, así la segunda forma de esta experiencia, en calidad de experiencia vital cósmica, conduce hacia los movimientos de los astros y, especialmente, a la función de los planetas y su movimiento en el zodiaco. Hasta aquí hemos hablado de uno de los dos puentes.

Pasemos ahora a considerar el otro, el puente mental: la matemática. Se produce la noción de una correspondencia universal, por un lado, entre los números y sus funciones y, por otro, entre las regularidades de los fenómenos exteriores y los sucesos.

La vida ante todo esta dada a si misma, la vida es auto revelación. El comienzo del mundo es la revelación del mundo. Pero esta revelación de la gran unidad llamada mundo no es otra cosa que la revelación del numero uno. Así como el numero uno no se origino en el cero, tampoco el mundo surgió de la nada.

La unidad solo es unidad cuando se concibe a si misma. Pero en ese momento, en el momento en que tal cosa ocurre, la unidad ha llegado a ser la triada. La triada es la unidad revelada. Pues el proceso por el cual la unidad se concibe a si misma es como un reflejo de la unidad en su propio vivirse a si misma. Con esto, la unidad es desdoblada, por así decir; con dos elementos que se comportan como observador y observado, como sujeto que es objeto de si mismo. El sujeto y el objeto existen simultáneamente en aquel acto de revelación. "El uno procrea el dos" (Lao-Tse). Pero el objeto no es otra cosa que el sujeto bajo la forma en que se ha concebido a si mismo, en que se ha reconocido, y es así que, en este origen del numero dos, esta inmediatamente el origen del numero tres, es decir, de la tercera fase del acto de la revelación, por la cual tercera fase queda nuevamente restablecida la identidad entre el uno y el dos. En el momento en que se revela la unidad, esta solo es posible bajo la forma de unidad triple. El tres es el elemento conciliador de la triada, elemento que traspone la diferenciación entre el uno y el dos, y la vuelve a la unidad original.

- 1- Positivo, activo, Rajas, que se expresa.
- 2- Negativo, pasivo, Tamas, que acumula.
- 3- Neutral, nivelador, Satwa, que integra.

De esta manera el tres pasa a ser un movimiento de oscilación, la oscilación por la cual el desdoblamiento de las dos fases opuestas es unificado de continuo. De modo que toda rotación y oscilación constituyen una lucha para reestablecer la unidad, para conservarla. Ovidio describe esta lucha de la naturaleza por conquistar su esencia, con palabras maravillosas que contienen el misterio de la triada. *Rerum concordia discors: concordia discordante de las cosas.*

El ser humano individual solo podrá percibir de la totalidad del universo aquello que se adecue a su capacidad específica. El destino es el color particular con que vivimos. El destino no es el contenido objetivo de los acontecimientos, sino la manera en que dichos acontecimientos "me ocurren a mí" lo que configura su índole.

De modo que aquello que es el destino se forma de dos componentes, uno de los cuales representa el suceso objetivo y el otro la recepción de este suceso objetivo de acuerdo a la constitución subjetiva. Llamaremos a esta constitución subjetiva la "capacidad de destino". Proviene de la aptitud de teñir los sucesos escogidos con el color de la propia personalidad. La mejor forma de representar este teñir es el sueño. El sueño es "creación de destino pura" El mundo exterior de nuestros sueños es proyección pura de nuestro interior, es simbolismo de nuestro estado psíquico. El sueño nos pone al descubierto los abismos de nuestra vida psíquica.

Pero, mientras estamos en él, mientras estamos soñando, no nos damos cuenta de nada de esto. Ninguno de los elementos del sueño tiene historia propia, sino que tienen “nuestro” pasado, del cual provienen. Nuestro “pasado” con la plenitud de cosas de que está colmado, es lo que forma el cántaro fatal con que sacamos de la corriente de los acontecimientos nuestro destino.

Y así llegamos a una tercera forma de comunicación de nuestro ser con el universo: la comunicación por el destino o comunicación obligada. De la misma manera en que los sucesos oníricos están esencialmente condicionados por la constitución psíquica del soñante y contienen los restos no liquidados del registro secreto de sus deudas, de esa misma manera el destino pone de manifiesto la constitución de carácter del ser nacido, y la pone de manifiesto frente a dicho ser mismo; en esta constitución de carácter está contenido un “resto no elaborado”: la resultante del pasado total del ser, remontada hasta sus generaciones más remotas. El destino de cada hombre es el juicio cósmico final acerca de su propia historia, del mismo modo en que el destino onírico es el juicio propio.

Es esta una de las exigencias más difíciles de cumplir que nos impone la astrología: la exigencia de transformar la constitución que nos es dada por nacimiento y herencia, la exigencia de barrer la escoria del pasado.

Esta transformación es precisamente la exigencia fundamental de la evolución superior del ser humano, es la transformación de nuestra “capacidad”, la metamorfosis, la evolución por fuerza propia. Si al despertar estamos en condiciones de barrer esos resabios por el análisis, si somos capaces de esclarecernos, de eliminar la resaca, veremos que nuestros sueños se transformarán. Los elementos oníricos terribles desaparecerán.

La faz interior, esotérica, de dicho proceso de transformación científica oculta, sin la cual no puede haber ninguna evolución en la honorable Alquimia. Y es precisamente la astrología la que nos da la clave para reconocer los puntos débiles de nuestro carácter, los puntos vulnerables al ataque del destino. Mis penas y dolores, ¿no vienen a ser una especie de fenómeno patológico en la vida del organismo total? Los dolores y los sufrimientos del individuo son síntomas de su despertar, cuanto más intensos los sufrimientos, tanto más cercano el tiempo del despertar. La ley moral, como arquetipo universal, integra al hombre en la evolución del cosmos y le da el poder de “obrar”. La doctrina secreta del empleo de esta fuerza se llama magia. La astrología, la alquimia y la magia configuran el patrimonio de la doctrina oculta. La astrología es la doctrina de la inserción del hombre en la totalidad del cosmos. La alquimia es la doctrina de la transformación de lo inferior en superior. La magia es la doctrina del empleo y dirección de las fuerzas que guían la evolución (ética): reivindicación del imperativo categórico kantiano.

### Tercera conferencia

*Donde anden fuerzas sin sentido  
ninguna forma habrá surgido.*

Schiller

**L**a relación secreta de los tonos, relación que hace posible la existencia de la música, participa del mismo ordenamiento que la relación cósmica, esto es, de un ordenamiento no causal, sino surgido de la unidad, una relación orgánica brotada de la unidad.

Es por eso que para los antiguos la ley que determina la relación de los tonos dentro del marco de la tonalidad, o ley de la armonía de los tonos, era la ley suprema de la relación cósmica, y es en este sentido que hablaban de la armonía de las esferas.

El calvario del destino es el camino que lleva del estado de desarmonía al de armonía con el cosmos del mismo modo en que, por ejemplo, el curso de una enfermedad es el que lleva desde el estado de la armonía corporal perturbada hasta la armonía corporal. El destino nos afina como cuerdas mal sonantes de un instrumento, el destino nos transforma de tal manera en nuestra naturaleza que por el nos acercamos a la armonía con el concierto cósmico, a la transformación alquimista.

La evolución ontogenética de todo ser viviente, esto es, su evolución desde el huevo hasta el nacimiento es, según Haeckel, una repetición cronológicamente sintetizada (condensada) de la evolución filogenética. La evolución filogenética también tiene que responder a algún modelo proyectado en el tiempo que allí se condensa, configurando de este modo una forma de "algo" que existiría con anterioridad, mas aun, que debería existir con anterioridad. La evolución es algo que ya estaba antes de aparecer en la Tierra y de cobrar aquí realidad.

Recordemos que ya la vez pasada habíamos caracterizado a la figura humana como una especie de pangénesis formada del Todo del cosmos y, en particular, del zodiaco. La Tierra o la materia terráquea sería efectivamente una especie de matriz cósmica del germen humano mental recibido de la bóveda celeste, germen cuyo arquetipo estaría ya con anterioridad en el zodiaco, como una idea celeste en el hombre. La última fase evolutiva, convertido de animal en hombre, en miembro momentáneamente último de una serie evolutiva, que, desde luego, tiene que seguir adelante, que tiene que seguir elevándose. Pues el grado evolutivo del ser humano no es más que una fase intermedia dentro de la ontogénesis cósmica del hombre.

El problema de la evolución se resuelve en la ascensión e involucración de los cuatro estados en el hombre, a través de los cuales se recibe esa especie de función mental de la materia, que se hereda en el ser humano.

La figura en que se presenta el hombre a los ojos de los anatomistas profanos no es de ningún modo su figura verdadera, el hombre posee órganos que van mucho más allá de su cuerpo zoológico, órganos que el hombre conquistó por sí mismo.

Pero ¿dónde se encuentran esos órganos?

Por de pronto, el ser humano posee un ropaje, que se pone sobre la piel desnuda, es decir, una envoltura "segunda", elaborada por su propia mano. Pero por encima de esta segunda piel, se pone otra envoltura, una tercera piel: la casa, que el mismo se construye y que lo resguarda lo mismo que la piel primera. Sobre esta casa se pone una cuarta piel: la organización social. Tales órganos, constituyen ante todo sus herramientas y maquinarias. La mente humana trabaja en la organización de tales herramientas y maquinas, y las hace de materia terrestre, de manera que podemos decir que con esto el ser humano estampa sus huellas. Pues tales herramientas y aparatos le permiten obrar en forma de transformar el medio. Es así que en tales aparatos creados por el hombre viven el pensamiento y la voluntad hasta mucho más allá de los límites de posibilidades que le permite al hombre su propio cuerpo. A esto se lo puede llamar proyección orgánica. El ser humano es capaz de proyectar y perfeccionar concientemente en la materia la organización vital que le fue dada inmediatamente por la naturaleza. Es una especie de proyección de su interioridad hacia el exterior. Ha creado, por ejemplo, el reloj, que reemplaza lo que tuvieron que hacer durante siglos, que era mirar al sol para ver que hora era. Lo mismo el teléfono, el libro, etc. Cada uno es una patentización de un impulso interno.

Supongamos ahora que llegara a la Tierra un ser no terráqueo, una criatura que no supiera nada del hombre y su civilización. Y viese luego la cantidad de maquinarias tremendamente complicadas. Si ese ser no supiera que es la mente humana la que trabaja en todos esos "seres" ¿qué otra cosa podría creer que sino que se trata de organismos vivientes que actúan según fines propios? El hombre infundió a tales organismos aparentes una vida igualmente aparente; la capacidad inculcada a las maquinas no es más que una capacidad aparente; son, sin duda, tales capacidades la fase más primitiva de aquello que también en los organismos vivientes de la naturaleza encontramos como capacidades, las cuales, en realidad, tampoco pertenecen a los seres vivientes que las poseen, pues los seres vivientes no las conquistaron con sus propios medios, aquello que llamamos instintos o voluntades. Lo que el ser humano no acierta a hacer es lo siguiente: lograr que la maquina perciba aquello que el puso en ella. El disco fonográfico no entiende nada de la canción que fue grabada en él, lo mismo el reloj y el estado del tiempo.

Y bien, si el hombre, los animales, las plantas y las piedras son maquinas, entonces aquello que vive en ellas es, con todo, algo mas que lo que vive, por ejemplo, en el reloj de bolsillo. Pues en los animales y en las plantas no actúan instintos aparentes, sino instintos bien reales. La verdad es que la sabiduría humana jamás hubiera estado en condiciones de injertar en las piedras y en las plantas los instintos.

Entonces, también unos seres superiores habrán creado sus órganos como el hombre creo sus maquinas, cada uno en su grado.

Tales huellas de seres mentales supremos son en el reino mineral las leyes físicas y químicas, que, en cierto sentido, representan el instinto original de la materia astral, su ley de vida como espejo de las verdades matemáticas y de las leyes geométricas.

Consideraremos huella de supremos seres, de carácter divino en el hombre, a aquello que podemos llamar el "instinto del yo", el germen del yo en que se basa el criterio humano. Pues al germen del yo le fue confiada la responsabilidad de poder participar autoconcientemente de la labor creadora y poner y poner con ello en actividad la fuerza moral de la decisión del ser humano.

Lo que los antiguos reverenciaban en el animal no era el animal mismo, sino la divinidad, que el animal había dejado su huella en la Tierra. El culto al animal era un besar piadoso la huella de aquellos seres superiores de naturaleza divina, en su estadio evolutivo presente. Aquello que vivía en la piedra, en la planta y en el animal, eran precursores del cuarto estadio, el estado evolutivo de embrión divino sobre la tierra que llamamos: ser humano.

## Cuarta conferencia

*Un árbol o arbusto yo he sido también,  
Y un joven y una doncella,  
y en el mar un callado pez.*

Empedocles

**V**imos en el zodiaco una especie de campo mental de fuerzas, del cual irradia sobre la tierra la influencia conjunta de seres superiores, que en la Tierra estampan su huella del mismo modo en que la huella del ser humano se manifiesta en su zona de influencia terráquea: una especie de proyección de órganos de carácter divino, cuya expresión está representada por el conjunto de la existencia física y orgánica sobre la Tierra, inclusive la del ser humano.

El hombre ha ascendido del grado mínimo de los seres unicelulares hasta su estado actual, sin que interese el “como” de ese ascenso; desde luego, es poco menos que inadmisibles que tal ascenso haya terminado para siempre en el peldaño del ser humano, el impulso de dicha evolución continúa. Al cabo de otros tantos millones de años la evolución del hombre habrá llegado a un punto en que la organización humana acaso haya superado su estado actual. A un grado de evolución que, con respecto al hombre actual, presenta la misma distancia que el hombre actual con respecto al antiguo. Pero el ser humano ahora posee conocimientos que, aun cuando bastante rudimentarios todavía, lo capacitan en cierta medida para penetrar en el curso orgánico del proceso de la vida y, con ello, para colaborar a conciencia en la evolución.

No trataremos hoy de penetrar en la fuerza propulsora de la evolución, sino en el proceso de la evolución misma y su relación con el zodiaco, vale decir, la evolución como transformación hacia un grado superior, evolución ascendente en forma alquimista. El hombre lleva en sí los cuatro niveles de la vida y esto da lugar a la doctrina de los cuatro elementos que, en una escala periódica triple, organizan los doce signos del zodiaco.

El orden de las zonas zodiacales también incluye una ley que a la conciencia esotérica aparece, por de pronto, como la escala de un espectro que, desde luego, no representa la escala de la percepción de los colores, sino la de las experiencias de la vida.

Fue nada menos que Goethe quien expuso la noción de que los colores no representan en su totalidad más que “turbaciones” de la luz arquetípica de carácter “unitario”, la que, al estado puro, es imperceptible e inconcebible para los sentidos humanos.

La luz celestial se refracta en el prisma de la materialidad terrestre. De modo análogo, aquello que se irradia del zodiaco sobre la Tierra configura en la mente una especie de luz arquetípica, en el espejo de la conciencia humana solo podrá ser reconocida a través del plano de organización del hombre.

En grado simbólico el estado sólido (tierra) significa aquello que representa nuestra envoltura más externa, la envoltura solida, esto es, el cuerpo viviente. El estado líquido (agua) corresponde al estado de la vida del afecto y del instinto. El estado gaseoso (aire) corresponde a un estado aun más móvil, algo así como la libre movilidad de la actividad del entendimiento. El fuego corresponde a aquello que va mas allá de lo corporal, afectivo y mental – la fuerza de voluntad dentro de nosotros – estas son las cuatro heredades de la actual evolución humana.

Si contemplamos la Tierra como un todo veremos que posee los cuatro elementos. Nos encontramos con que bajo la corteza terrestre volvemos a encontrarlos. Esto nos permitirá reconocer que la corteza terrestre, en forma análoga a la piel, representa una especie de límite y a la vez un miembro de unión entre lo interior y lo exterior.

Es sagrado deber evolutivo del ser humano el emplear concientemente que el fuego que alberga dentro de si, como yo tocado por la chispa de Dios, para transformar con su fuerza lo mas bajo en lo mas alto, para fundir concientemente las materias y, de ese modo, convertir en trabajo conciente lo que en la naturaleza y sus seres vivientes fuera proceso de digestión inconciente. Cobrar conciencia de las fuerzas nutricias, cuyas verdaderas vitaminas son las irradiaciones celestes de los seres zodiacales superiores, cuya huella obra, como esencia de su existencia y de su vida, en el mineral, la planta y el animal. De modo que su misión pasa a ser la de convertir el alimento celeste en valores humanos, el poder de transformarse a si mismo. Solucionando de esta manera el problema del enigma de la esfinge. El cuerpo es tierra (Tauro), las alas es el agua (Escorpio), las garras es el fuego (Leo), la cabeza es el aire (Acuario).

De este modo se abren para el hombre cuatro campos de acción en el camino de superación. El primero es el de la tierra, que ya vimos vez pasada: el hombre cobra conocimiento de las leyes naturales que los altos seres del zodiaco han colocado en la materia. La ciencia y la técnica humanas. El segundo campo es el del agua: la vida de las pasiones, el dolor y el placer, el contenido total de la vida de los deseos, el amor y el odio, la alegría y el dolor. El objetivo es que el padecimiento sea elevado a la categoría de fuerza capaz de hacer brotar de ella misma la energía capaz de curar ese mismo padecimiento. El tercer campo es el del aire: si el hombre no poseyese mas que el entendimiento animal, esto es, la mera capacidad de ser guiado por motivos subsistentes de los recuerdos placenteros o dolorosos, entonces carecería del entendimiento humano, de aquello que llamamos razón,

cuya peculiaridad es la de independizar la vida pensante de la vida instintiva, librándola de las pasiones. El cuarto terreno del trabajo alquimista es el del fuego: de las profundidades de la revelación del yo, el verdadero atributo humano, debe surgir el esclarecimiento sobre la ley moral como espejo de la voluntad suprema.

Transformación del núcleo egoísta que a través del propio sacrificio se supera a si mismo, así consigue la autodeterminación de su yo y la obtención de la total libertad interior. (?).

Interpretación del acertijo de la esfinge: andar en cuatro patas significa pertenecer a la tierra, a lo mineral, cuyo símbolo antiguo era el cuadrado. Por la noche, una vez completado su camino, el hombre ha ascendido al fuego, cuyo signo era el triángulo con el vértice hacia arriba. Y en medio está el largo camino de la evolución, el doble camino alquimista de la asimilación y separación, del atar y del soltar, el camino de la exclusión y la diferenciación: el camino del dos.

## Quinta conferencia

*Y dijo Dios: sean lumbreras en la expansión de los cielos para apartar el día y la noche: y sean por señales, y para las estaciones, y para días y años.*

Genesis I, 14

**E**n nuestras dos últimas conferencias nos ocupamos de la idea de la evolución, reconociendo en ella una forma especial de la cohesión cósmica del ser humano.

Hoy investigaremos como se presenta esta cohesión, en tanto se manifiesta en el proceso evolutivo del ser humano, no cuando se toma como punto de partida el cuerpo humano, sino el numero, esto es, el segundo auxiliar del conocimiento esotérico; en otras palabras, estudiaremos como el camino que atraviesa aquellos cuatro estadios y elementos, el camino de uno a cuatro, y la incorporación de estos cuatro miembros evolutivos de la unidad hombre, pueden ser entendidos como proceso resultante por si mismo, con lógica matemática, de las funciones del numero.

Los números y sus relaciones internas de carácter oculto forman la base de un sistema teórico oculto que fue elaborado especialmente en combinación con el saber cabalístico.

En la astrología nos encontramos siempre con ciertos números y relaciones numéricas que son funciones resultantes de aquellos primero cuatro números. El sentido de los primeros tres números fue expuesto en la segunda conferencia.

Reconocimos que el tres es el numero de la unidad revelada, el dos es la expresión del desdoblamiento en sujeto (1) y objeto (2), y que el tres es la expresión de la unidad que siempre se restablece, de la oscilación arquetípica, el fundamento de todo lo que se convierte en fenómeno, el ritmo del devenir, cuyo curso es el siguiente: desdoblamiento y reunión, etc, etc.

El numero cuatro resulto ser la cifra de la mediación entre dos mundos, de los cuales el uno configura una exterioridad y el otro una interioridad. Por fuera es el reino de los elementos fuego aire y agua y por dentro los mundos de los sentimientos, pensamientos, revelación del yo. El numero cuatro es el cuerpo material colmado por el yo, puente entre los dos mundos. Agrega tierra y cuerpo a las dos series.

Se analizan las relaciones entre 3, 7, 4, 12 y 8. Se menciona que son siete los planetas y siete los tonos musicales. Que son doce los signos del zodiaco. Habla del camino de la evolución en el zodiaco. Explica cardinal, fijo y mutable. Explica los símbolos antiguos de lo masculino, lo femenino y lo neutralizador. Del doble camino y de los opuestos complementarios.

## Sexta Conferencia

*Cuando veo tus cielos, obras de tus dedos, la  
Luna y las estrellas que tú formaste:  
Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas  
de el memoria, y el hijo del hombre, que lo  
visites?*

Salmo Octavo

**E**l hombre vive lo eterno, lo temporal y lo individual en la mezcla peculiar de su constelación de nacimiento, tal y como esta se presenta vista desde la perspectiva terráquea; luego el hombre va aprendiendo paulatinamente a separar los tres elementos, aprende a distinguir que es lo que de su naturaleza pertenece a la eternidad, que a la temporalidad y que a la Tierra.

¿Qué significa el nacimiento de un ser humano sobre esta Tierra dentro del curso de los tiempos, y que en la vida cósmica?

Ya hemos dicho con anterioridad que, en la vida cósmica, la Tierra es un ser humano, como en la vida del ser humano, un pensamiento que brota en un determinado momento es un miembro transitorio, relacionado con su vida psíquico-mental.

El momento del nacimiento de un hombre corresponde en la vida pensante de la Tierra al proceso de la vida mental del hombre por el cual este llega a expresar dicho pensamiento, el pensamiento que hasta entonces llevara solo dentro de la cabeza, o a convertir en hecho el propósito que viviera y obrara dentro de el durante cierto tiempo, confiriéndole de esta manera realidad. Del mismo modo en que, por ejemplo, una palabra expresada halla el camino al pensamiento de los otros seres humanos. El ser humano que acaba de nacer pasa a una relación independiente con los planetas hermanos de la Tierra, y por medio de estos, con la tonalidad del cielo astral. El comienzo de dicho intercambio se expresa por el primer aliento; ha empezado la sumersión en el ritmo cósmico de la vida. Tiene que nacer puntualmente, en el momento adecuado, en el momento en que allá afuera llenen una necesidad.

En calidad de tono adecuado a dicha sinfonía, en el momento en que los impulsos futuros que le están al hombre deparados tocan la fase de su pasado para afinarla. Cada uno de nosotros trae consigo algo de este pasado, algo que debemos considerar como herencia de esta serie de antepasados. Una heredad proveniente de un pasado histórico remotísimo que confluye en el cuerpo y en sus

disposiciones, tal y como el hombre las encuentra al nacer. Y este pasado del hombre halla su correspondencia en la constelación del momento de su nacimiento. Las constelaciones que se unen en el levantamiento de su horóscopo, han llegado a través de peregrinaciones de siglos, milenarios, millones de años, por los espacios, al lugar en que se encuentra “el día que te dio a este mundo... haciendo posible con su vida el que tu aparecieras sobre la Tierra.

Un singular sentimiento, lleno de contradicciones que, por un lado, lo pondrá frente a la idea de la importancia de su existencia, mientras que, por otro lado, le expondrá la insignificancia de tal existencia, en su calidad de fase perecedera del curso cósmico, del discurrir del universo que ira mas allá que el, que concluirá por ignorarlo, como si jamás hubiese existido o como si, en el mejor de los casos, hubiese llegado a ser miembro de una serie de antepasados de futuros herederos abocados a la misma ilusoria situación que el.

¿No determina el horóscopo de antemano, inexorablemente, la obligación de aceptarlo todo, todo suceso, todo pensamiento, todo sentimiento, y aun toda acción, siendo, pues, yo mismo nada mas que un esclavo indefenso de tal inexorable exigencia, un esclavo cuya sabiduría máxima no puede residir mas, que en aceptar todo esto? ¿Queda, al cabo de todas estas exigencias, algo así como un resto de libertad para mí?

Tengamos en claro la diferenciación que se hace entre el “hombre” y “el hijo del hombre”. Esta diferenciación nos dará una especie de clave para responder a las preguntas que nos hemos formulado.

El hombre aparece a la vida terrestre como el hijo del hombre. Pero el hombre que nace aquí como hijo del hombre, que nace de una madre, alterna arquetípicamente con los millones de hombres dentro de la eterna idea de “ser humano”, de Adán, de primer hombre, cuyo arquetipo es el zodiaco. De manera que el nacimiento terrestre no nos revela de ningún modo su verdadero origen. ¿Y que nos revela entonces? Nos revela el estado maduro del embrión de Dios llamado “hombre” en la fase estellas en que, liberado del seno de la Tierra, es dado a luz.

La Tierra no ha alcanzado a liberarlo del todo, el ser humano no es “total”, aun no ha nacido por ultima vez; las radiaciones provenientes del cosmos que se encuentran bajo el horizonte tienen primeramente que atravesar la Tierra antes de llegar a el, tienen, en cierta medida, que filtrarse por la Tierra antes de alcanzar al ser humano nacido en ella.

¿Cuál es el sentido de este proceso de filtración, cual es el sentido profundo de este blindaje que aísla al hombre de la parte subterránea del cielo?

Lo que impide que las radiaciones de este cielo subterráneo lleguen libremente al hombre es la "prehistoria, la pesadez que le impone lo hereditario de lo terrestre. Se sitúa con respecto a las influencias de este cielo como un filtro que solo deja pasar lo que corresponda al propio color de ese filtro.

A su vez, las radiaciones emitidas por las regiones celestes situadas por "encima" del horizonte, caen libremente sobre el ser humano, le traen todo lo que no se halla influido, turbado por aquel filtro del pasado, todo aquello que no tiene nada que ver con "el hijo de la tierra", sino con aquella parte de nosotros que no pertenece a la Tierra. Lo que esta debajo del horizonte toca la parte nocturna de nuestro ser; lo que esta encima toca la parte diurna.

El hombre se ve abocado al deber de conectar, por medio de su vida, el arriba y el abajo, conexión que nada mas que el, en su calidad de elegido de los astros, puede establecer; se ve abocado a la misión de llevar adelante, de hacer avanzar por la huella, por medio de la breve extensión de tiempo que constituye su vida la ontogénesis del embrión de Dios llamado hombre, colaborando de este modo en "su" medida, en su escala de ser humano, en la obra de la revelación del mundo. Y, por mas pequeño que pueda parecer, este trabajo solo el lo puede realizar. Ni la Tierra ni el cielo lo pueden realizar. En este trabajo radica el mensaje, la importancia del ser humano.

Sabemos por nuestras investigaciones anteriores que el símbolo de la luna fue utilizado para caracterizar la fase nocturna, la fase del pasado, frente al símbolo del sol, que fue utilizado para caracterizar la fase diurna, activa, orientada hacia el futuro. Y con esto, la luz del mundo cobra de pronto otro significado. La conquista de aquello que nuestro yo verdadero eleva por sobre aquello otro que no es transmitido por la herencia, a saber: la liberación de aquella mitad esencial que no nació de mujer, que no es hijo del hombre, sino hijo de Dios.

Para que ese núcleo heliotico o núcleo solar se desligue de aquello que en nosotros es lunar hace falta el trabajo del acto nupcial constantemente renovado entre aquello que afluye al hombre de la orbita del día y aquello que le afluye de la orbita de la noche. En el lenguaje de los místicos, este acercamiento por medios propios se llama el segundo nacimiento del hombre sobre la Tierra, nacimiento por el cual este se libera del pasado, barriendo las escorias hereditarias para conquistar la libertad, hasta que el Adán celeste, para decirlo con términos de la biblia, sea restablecido.

Y con esto planteamos unos de los problemas más importantes de la astrología: el del sentido del horóscopo. El horóscopo representa la misión de la vida del hombre en el aludido camino de la transformación del hijo de la Tierra haciéndole avanzar

un paso hacia el espejo del cosmos, libre de escorias hereditarias, de manera que el ser humano cumpla con su mencionada misión cósmica.

Cultivar el agro, la agricultura, es agere, es hacer: la actividad arquetípica del ser humano es la de agere, la de hacer, la de trabajar en aquella parte de su naturaleza que representa su heredad terrestre, la de cultivar con la acción conciente. Ese fruto de aquello que solo puede ser arrancado a la Tierra por medio del agere, del bien de la cosecha, el fruto del agere – el ego -, el Yo, nacido de nuevo en el hombre por la labor conciente, su propio Yo. La luna esta la simiente entregada al hombre, el sol es el Yo salido a la luz.

Volvamos ahora a la pregunta que hoy se nos impuso en toda su dimensión trágica: ante el cielo estrellado, ante la inmensidad del cosmos ¿soy yo insignificante o importante?.

Todo artista sabe que esto no basta, sabe que solo al realizar la obra (expresándola), al convertirse la obra en el peldaño que le permita a su creador subir a mayor altura, cumple con la deuda de vocación que hasta entonces debía al espíritu del su siglo.

Lo mismo ocurre con la Tierra; cuando esta libera el pensamiento que una vez expresado se llama hombre, cuando lo da de su seno, ha dado un paso adelante por el camino de su propia perfección. Del mismo modo en que el pensamiento liberado del cerebro humano se convierte en algo que vuelve al ser humano, sea para inhibirlo o sea para estimularlo, también el hombre que la Tierra libero de su seno regresa a la Tierra, insuflándole nuevas fuerzas, inhibitorias o estimulantes.

Es así que el hombre, en tanto trabaja en su propia evolución, colabora a la vez en la evolución de la Tierra; el grado en que acierte a colaborar determina a su vez el grado de su propia importancia como ser humano, determina la medida de su libertad.

La antigüedad jamás dudo acerca del hecho de la libre condición de la voluntad humana. No había contradicción entre la convicción de la libertad interior de la voluntad, por un lado, y la inexorabilidad del destino por otro lado.

Fue la edad media la que desplazo el centro de gravedad de toda la experiencia, situándolo en el mundo psíquico, interior con lo cual, se encontró con el problema de la libertad en toda su tremenda fuerza; el peso inamovible ya no era la tremenda roca de allá afuera, sino la tremenda roca de adentro, incoercible, la carga hereditaria, el pecado original, la carga del destino. Por lo tanto, el pensamiento medieval tenía que negar la libertad del hombre.

Estudiemos brevemente el camino de su liberación, que también caracterizamos de segundo nacimiento, ese arduo camino hacia el esclarecimiento paulatino de la región lunar, hasta que, consumido por el fuego del sol encendido en su interior, todo lo que fuera oscuro estalla en luminosidad y la envoltura terrestre se hace transparente. Se describen tres caminos: el camino del tonto: Piensa sobre la tierra, piensa es mía la tierra, porque no la conoce. El camino del que lucha por su superación: No piensa en la tierra, ni se alegra de la tierra porque no quiere conocerla. El camino del sabio: se ha desligado de la Tierra.

El camino del tonto es el de vivir la tierra, el de deshago únicamente lo que corresponde a la parte nocturna de su ser; tiene que sufrir siempre de nuevo el mismo dolor, para aprender, en virtud de la progresión de este dolor, a defenderse, para reconocer el punto vulnerable de su naturaleza. Y cuando ha llegado ese momento, estamos en condiciones de abandonar el camino del tonto.

Allí empieza el camino de la lucha por la liberación. Ya deja de sernos posible continuar con la misma ingenuidad del camino del tonto. Pues es entonces que sabemos que aquel calvario de nuestro destino solo podrá cambiar si nos ponemos a luchar con nosotros mismos, esto es, en cuanto comenzamos a darnos cuenta de nuestro "otro" origen.

Y en el momento en que este recuerdo se inmiscuye en la conciencia, en forma de presentimiento, comienza a actuar nuestra liberación. Bastara que llegue dicho momento para que invariablemente notemos algo curioso: el destino exterior comienza a transformarse. El destino comienza a galopar.

Pero volviendo a la perspectiva del que lucha y mirando desde ella nuestro estado anterior, reconocemos con total evidencia que aquello que antes consideráramos nuestra voluntad no era tal voluntad nuestra. "Si la piedra arrojada tuviese conciencia, creería que estaría volando porque quiere", dice Spinoza, caracterizando este tipo de voluntad. La libertad terrestre no es mas que la lucha por la liberación de los lazos del pasado, y tampoco el libre albedrío es mas que el esfuerzo por hacer desembocar nuestra voluntad temporal en la voluntad invariable o ley suprema: "la ley moral sobre mi y en mi". Llamémosla la voluntad de Dios.

## Séptima Conferencia

*¿No es mía toda la eternidad?*

**A**quello que fluye a nosotros desde aquel arquetipo del hombre celeste nos es deparado en primera línea por el propio sol, pudiendo alcanzarnos exclusivamente bajo la forma adecuada al grado evolutivo de nuestro sol. Esto se divide en periodos de 25.600 años, también llamados años Platónicos y es la precesión del punto Vernal.

Del mismo modo en que la Tierra obrara a manera de filtro entre el cielo nocturno y el hombre recién nacido, el sol, a su vez, obra a manera de filtro entre el macrocosmos y la humanidad; lo que en principio nos llega del zodiaco solo nos llega por vía del sol, el sol es para la humanidad el interprete del cielo, el mediador. Los restantes planetas también toman parte en esa mediación, pero es únicamente el sol el que guía las radiaciones celestes directamente al germen del ser humano, a su Yo.

Un zodiaco secundario, de la evolución del Sol, un cinto de energía solar, cargado de la energía que extrae de las vastedades de las estrellas fijas. Este cinto, cuyos puntos de referencia son los equinoccios y los solsticios, gira sobre si mismo en el cielo en reposo de las estrellas fijas una vez por año platónico. De modo que el hablar de las doce regiones del zodiaco nos referimos a las doce regiones del curso solar, que una vez cada 25.600 años coinciden con las regiones de las constelaciones de estrellas fijas. Esta ya por entrar en la constelación de Acuario, saliendo de la de Piscis. Para evitar confusiones, se ha convenido en diferenciar las regiones del zodiaco que acompaña al sol, de sus homónimas de las constelaciones, llamando a los primeros signos del zodiaco y a las segundas figuras del zodiaco.

En la vida de la humanidad el paso del zodiaco primario al secundario produce algo semejante a lo que sucede en la música por la transposición de una partitura a una escala distinta de aquella en que fuera compuesta.

En la transposición musical no se alteran las relaciones recíprocas de los tonos aislados; lo que se altera es el efecto del conjunto, esa transposición produce un cambio de tónica, siendo esa tónica la que confiere a las diversas épocas aisladas, a las diversas "eras" en el tiempo, su coloración especial.

Es así que hace unos dos mil años comenzó la así llamada era de Piscis (el punto vernal penetra en la constelación de Piscis), y unos dos mil años antes del nacimiento de Cristo comenzó la era de Aries; actualmente nos encontramos pues, en el comienzo de la era de Acuario, la cual hace ya tiempo que nos anticipa sus síntomas. Los hindúes sostienen que, mas o menos cada 2000 años, aparece sobre

la Tierra un conductor que infunde a la humanidad nuevos impulsos, que afina la evolución de la humanidad de acuerdo a la nueva región del zodiaco celeste, confiriéndole de este modo la nueva tónica.

Llamaremos a los doce regiones que en su totalidad representan la proyección terrestre del zodiaco o su trasposición al color de la materia terrestre, las casas celestes, las casas astrológicas; las contamos, partiendo del horizonte oriental, bajo tierra de 1 a 6 y sobre Tierra, comenzando por el horizonte occidental, de 7 a 12.

Si recordamos lo que expusimos la vez pasada, reconoceremos en tales doce casas una especie de caja de resonancia afinada con la Tierra para las radicaciones celestes, que comunica a la música celeste, resultante de la sinfonía de la constelación conjunta, una especie de tonalidad. Este eco terrestre-material de la música se hace partícipe del individuo humano según la posición del lugar de nacimiento de este, lo que puede ser caracterizado como sensación individual de la tonalidad de ese ser humano. También la relacionamos con un centro de gravedad mental-sensorial que, a la vez, es punto de partida de la valoración de todas las relaciones tonales que se producen en el curso de los acaeceres musicales. Todo esto es lo que hemos llamado capacidad de destino, la conexión individual con el acaecer universal. La división en dos regiones de las casas nos permite comprender que es lo que se combina con la masa hereditaria, como reino del ser unido al pasado, y que con el reino de la esperanza de libertad, y bajo que forma lo hacen.

De esto resulta una división de la astrología en dos partes; la primera parte se ocupara de la constitución del individuo humano; tratara de captar el carácter del individuo en relación con la capacidad de destino, para luego conocer la misión cósmica particular que debe cumplir tal individuo. La segunda parte se ocupara de supervisar la vida del individuo recién nacido, en su progreso ulterior, para, en los momentos en que las necesidades del destino vayan madurando al encuentro de su cumplimiento facilitarle el conocimiento que lo ayude a abandonar el camino del tonto, a no atarse ni al goce ni al dolor efímeros y alcanzar el segundo nacimiento.

¿Por qué tengo que ser precisamente yo quien deba cumplir la misión que me ha sido conferida por mandamiento estelar? A lo que respondió Buddha: eso es Karma, esto es, el efecto o el fruto de vidas pasadas, anteriores, de los aquí nacidos.

Estas vidas sucesivas corresponden, por así decir, al curso bifásico de una oscilación cuya primera fase, la diurna, está entre el nacimiento y la muerte, y la nocturna, entre la muerte y el nuevo nacimiento.

¿En que tiempo vive realmente aquel remoto ser, que óptimamente pertenece a mi presente, y en que tiempo, el ser que pertenece mentalmente a mi presente? ¿No es

absurdo que seres contemporáneos entre si, se encuentren a la vez apartados en miles de años por el espacio que los separa? ¿Tiene en este caso sentido alguno hablar de simultaneidad? ¿Tiene sentido entonces hablar de proximidad espiritual?

Tales pensamientos no son tan infructuosos como podría parecer a primera vista. Pues lo que acabamos de decir de los habitantes de lejanos astros, vale, tiene que valer, también para los propios habitantes del mundo terráqueo en sus relaciones mutuas.

Tampoco la proximidad de estos habitantes con respecto a mi presencia puede ser medida, no puedo medir esa distancia con medida espacial o temporal. Y del mismo modo en que, por ejemplo, el habitante de Sirio tiene, en cierto sentido, su tiempo dentro del marco de su eternidad, que, de alguna manera inconcebible, corre junto a mi eternidad, cada uno de mis semejantes terráqueos tiene en torno de si, a manera de cintura de niebla, su tiempo, "su" eternidad.

Solo nos habremos liberado totalmente del sueño en cuanto pudiéremos estar mas allá de nuestra subjetividad, redimidos de Tierra y destino; mientras esto no haya sucedido, llevare, aun en estado de vigilia, como cintura de niebla de mi subjetividad, un trozo de mi propio tiempo, que me separa de mi vecino, el cual, vestido con envoltura similar, andará a mi lado.

Nuestros mutuos caminos se determinan según una medida que solo existe entre nosotros dos y que se basa en el encauzamiento común dentro de la unidad del cosmos solar. La distancia o proximidad interior entre dos seres humanos se determina por el vínculo de sus constelaciones comunes en sus respectivos horóscopos. Y así llegamos a la noción de la conexión astrológica, entre dos o más seres humanos, según el grado de parentesco astrológico.

¿Lo coercitivo, no será, antes bien, lo redentor?

Aquel que, en base a la afinidad astrológica, ande por el camino que lleva hacia el otro yo, estará en condiciones de ofrecer al prójimo su propio horóscopo, esta en condiciones de unir su horóscopo con el del prójimo, del mismo modo en que dos tonos se mezclan en un sonido común que es mas que la propia simultaneidad de sus respectivos timbres. Quien de este modo brinda su horóscopo al prójimo, ayuda a este a realizar lo que no podría hacer solo, lo ayuda a alcanzar lo más esencial de nuestra existencia. ¿Y que es esto?

Hay un refrán que dice que cada cual es el prójimo de si mismo. A mi yo, que ante todo debe ser cultivado en el agro de la Tierra, lleva un largo camino, un camino hasta los límites del zodiaco, donde reposa mi yo arquetipo, y en este camino tengo que ir despojándome paulatinamente de todas las exigencias de mi temporalidad

individual, tengo que tender de la temporalidad a la eternidad. Desde luego, para eso no alcanza un solo horóscopo. Iluminar con nuestro sol el horóscopo de nuestro semejante, iluminarlo como si fuese el nuestro propio, solo entonces el semejante se convierte en prójimo. Amar al prójimo como a uno mismo. El camino hacia el propio yo pasa únicamente por el amor al prójimo.

“Conócete a ti mismo y conocerás a Dios” y “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.